

union, la política establecía la discordia entre la Francia y el Austria, por interés de dominación; Viena combatía á los católicos y al papa. ¡Tan débil parte tenía la religión en una guerra que se hacía en su nombre y en el de la libertad del pensamiento! Waldstein, á quien el emperador prometía la Marca de Treviso, con el título de duque de Verona, hizo marchar á sus tropas apresuradamente; atravesando la Valtelina y la Lombardia, asolaron de la manera más horrible las comarcas que recorrieron, y el territorio de Mantua, á donde introdujeron por colmo de males una peste mortífera.

En este estado de cosas, pidieron los electores católicos que Fernando hiciese restituir los bienes eclesiásticos ocupados por los príncipes protestantes. Entonces el emperador, que enorgullecido con sus victorias había decretado ya el destierro de Bohemia (1627) de todo el que no volviese al seno de la Iglesia, degradó á los duques de Mecklenburgo, despojó á los de Pomerania, y promulgó el edicto de restitución (1629). En su consecuencia los príncipes protestantes se vieron obligados á renunciar á los bienes eclesiásticos, inmediatos ó no, invadidos desde la paz de 1555. Fernando no disimulaba por otra parte su intención de reducir á los electores á la clase de grandes de España, y á los obispos á la de grandes capellanes de honor. Recorrieron, pues, la Alemania doscientos mil asalariados: varios príncipes se vieron despojados y reducidos á huir; otros inquietados con pretexto del edicto, y Fernando llegó al colmo de su poder. Preparábase ya á hacer marchar sobre Francia el torrente de sus panduros cosacos; pero el cardenal de Richelieu, árbitro entonces del gobierno francés, retrocediendo á la política de Enrique IV, se constituyó en gran enemigo del Austria, y organizó contra ella sordas maquinaciones, mientras que un gran guerrero afilaba su temible espada.

Fernando esperaba hacer que la dieta eligiese á su hijo rey de los romanos; pero tanto los protestantes como los católicos se reunieron para quejarse del ejército de Waldstein, de las violencias á que se entregaba para procurarse alojamientos y forrage, y de las arrogantes exacciones del insaciable general, «hez y execración del género humano.» Resolvióse, pues, Fernando á destituirlo. En vano lo hubiera podido conseguir en medio de cien mil guerreros decididos en cuerpo y alma á su jefe, si Waldstein no hubiese visto entonces en el cielo al astro del emperador tomar ascendiente sobre el suyo. Resignóse, pues, y se retiró á sus tierras para vivir en ellas suntuosamente con el fruto de tantas miserias; pero no sin pensar en inmensos proyectos y en sombrías venganzas.

Habiendo verificado de esta manera el emperador dos actos contradictorios, el edicto de restitución y el alejamiento de Waldstein; permaneció debilitado, y los Estados se apoyaron en el extranjero (1630). Richelieu envió á la dieta al pa-

dre José, su confesor, que disuadió secretamente á los miembros de elegir al rey de los romanos, «Un pobre capuchino, decía el emperador, ha desconcertado mis planes; el pérfido ha sabido tener en su capucha seis birretes de electores.»

**Periodo sueco.**—El capuchino había hecho más, pues había negociado la alianza de Luis XIII con Gustavo Adolfo, rey de Suecia (7). Al ascender al trono á la edad de diez y siete años, Gustavo había heredado tres guerras que había conducido con gloria. La ruina que amenazaba á la constitución germánica y á sus correligionarios, le determinó á tomar parte en la guerra de Alemania. Animado del sentimiento religioso, compuso algunos cánticos sagrados en alemán: hablando con una fuerza y una claridad admirables, sabía inspirar el entusiasmo á las poblaciones con actos heroicos. Pero entre los príncipes nadie temía aquel pequeño soberano, á quien se llamaba en Viena su majestad de nieve. *Si viene ese estudiantillo*, exclamaba Waldstein, *se le echará á latigazos* (1630), y no quiso recibir en Lubeck á sus embajadores. Este fué un aguijón más para el carácter de Gustavo. Habiéndose unido estrechamente á Richelieu deseoso de debilitar una potencia rival (8), desembarcó en Alemania, se unió á la Sajonia, la

(7) GEFÖRES, *Gustav. Adolph und seine Zeit*, 1846.

(8) Richelieu en 1633 esponía al rey su sistema político en estos términos: «Necesitamos subsidios para inducir á los suizos, á los príncipes protestantes de Alemania y á los Estados Generales á sostener una guerra en el Imperio y en los Países-Bajos, sin romper abiertamente con el Austria. Si no lo obtienen los subsidios es necesario haceros incluir en todos los tratados que se hagan entre las varias potencias, á fin de que la Francia sola no tenga sobre sí todas las fuerzas del emperador y del rey de España. Si todas las potencias protestantes fuesen obligadas á tratar con la casa de Austria, sólo porque la Francia rehuye enemistarse abiertamente con ella, sería mejor volver á declarar al momento la guerra, resolución importante y difícil atendiendo á que muchos desaprobaban una alianza con los herejes. Vos podríais, señor, tratar con las Provincias Unidas bajo condiciones que pusiesen en seguridad los intereses de la religión; es decir, que el catolicismo se conservaría en cualquier parte que se hallase establecido. Los suecos y príncipes protestantes de Alemania pondrían en manos de V. M. cuanto ocupan á la parte de acá del Rin, Maguncia, las principales plazas del Palatinado, las de la Alsacia y las del obispado de Estrasburgo, nos ayudarían á apoderarnos de Brisac y Filipburgo, y se obligarían á no hacer paces ni treguas sin vuestro consentimiento. En cuanto á los Estados Generales de las Provincias Unidas, se puede también estipular que la religión católica se mantendrá en los países que nuevamente se conquisten; que á precaución se atacarán las plazas marítimas de Flandes, las cuales quedarán á favor de V. M. Accediendo á estas condiciones, los príncipes protestantes de Alemania y los Estados Generales de las Provincias Unidas, exigirán, señor, que persigais á la casa de Austria por un solo punto, bien sea en Alemania ó en los Países-Bajos ó en Italia; y cuando más que tengais un cuerpo armado en Alsacia para socorrerlos, si hubiese necesidad de llevar las armas á la

Pomerania y el Brandeburgo, y peleando como un hombre que nada tiene que perder, desconcertó á los generales, que se vieron obligados á conformarse á las intenciones políticas y á las órdenes de los gabinetes, de tal manera, que devolvió á los ánimos abatidos el valor y la esperanza.

Lo fuerte de la guerra estaba entonces en la Pomerania y en la Marca, donde Tilly sitió á Magdeburgo: aquella ciudad defendida hasta el último extremo por sus ciudadanos fué ganada á viva fuerza y entregada al más espantoso saqueo. Embriagándose los croatas en los cadáveres, solemnizaban, decían «las bodas de Magdeburgo.» Suplicado Tilly hiciese cesar la matanza, contestó: «Dejadlos una hora más y después volvedme á hablar; es preciso que el soldado tenga su recompensa.» Hizo cantar un *Te Deum*, y anunció á su amo que desde Troya y Jerusalem no se había verificado una empresa tan tamosa. La indignación contra el emperador fué estremada. Gustavo, á pesar de las divisiones de los príncipes, se encargó de la venganza, y la batalla de Leipzig, que ganó, sumergió á los católicos en la consternación, y sacó de ella á los protestantes. Tanto amigos como enemigos, no aguardaban de él semejante habilidad. Convirtióse, pues, en alma de su partido, desorganizó la liga católica, y se encontró dueño de toda la extensión de las costas, desde el Báltico hasta la Baviera, y desde el Rin hasta la Bohemia. Fernando se apercibió de que «el rey de nieve no se derritía con el sol imperial,» y cuando Torcuato Conti pidió una tregua para invernar, Gustavo contestó: «Los suecos no conocen el invierno.»

**Táctica nueva.**—En efecto, el arte de la guerra sufría entonces una revolución. Los ejércitos que peleaban en Alemania se reclutaban por una nueva especie de capitanes aventureros á quienes los príncipes procuraban dinero para reclutar los soldados. Menos fáciles en cambiar de amo, por que habían adoptado un partido religioso, no descendían hasta la baja venalidad de los mercenarios. El sistema feudal no podía servir á lo más sino para un reclutamiento en masa. El oficio del soldado se había convertido en profesión con su categoría determinada. Se comenzaba por ser criado (*bube*), después se pasaba á escudero (*knappe*), y se llegaba á ser hombre de armas, ó formar parte de una lanza. El soldado tenía cariño á su oficial; á él era á quien obedecía, y no al emperador, que ni le pagaba ni le recompensaba. Su sueldo era corto; pero se indemnizaba saqueando, y no era menos terrible á los amigos que á los enemigos. Espirado el tiempo de su empeño, los lansquene-

otra parte de los Alpes. El proyecto que os propongo, señor, es de gran ventaja y poco riesgo. Estendereis vuestra frontera hasta el Rin sin desnudar la espada, porque sólo tendreis que recibir provincias conquistadas, cuya adquisición es de tanta importancia que os hará árbitro de la guerra y de la paz.» Ap. CAPEFIGUE, *Richelieu*, etc., cap. 54.

tes y los reitres estaban autorizados á mendigar por privilegio imperial, á lo que se llamaba *tirar flechazos* (*garden y flackten*): para este efecto se reunían en bandas, y saqueaban como veteranos lo que habían podido dejar tras sí como soldados.

Aun no se había comprendido todo el poder de las armas de fuego. En Francia la liga sólo poseía cuatro cañones, los realistas no tenían más que seis en la batalla de Ivry. El arcabuz de mecha era incómodo para la caballería, á la que la impedía servirse de las demás armas ofensivas, no menos que á la infantería, que se veía obligada á cargar esta pesada arma, la horquilla y las municiones, sobre la acémila destinada antes á llevar el botín. Aun se conservaban las picas y las lanzas, al mismo tiempo que las carabinas, las pistolas y los arcabuces; y seguían sirviéndose de las corazas, moriones y escudos, como armas defensivas. El uso de la caballería ligera, armada sólo de la espada y la carabina, se extendía cada vez más; después se introdujeron los dragones, es decir, los arcabuceros á caballo, que echaban siempre pié á tierra en su origen, más tarde, á veces, como los que instituyó en Italia el mariscal de Brissac, en tiempo de Francisco I.

Mauricio de Orange y Gustavo, que fueron los restauradores del arte militar, se dedicaron á mejorar las ordenanzas que estaban en uso en su época, y á combinar la legion romana con la falange macedónica, renovada por los suizos. La larga guerra de los Países Bajos fué una continua escuela de táctica, y grandes generales se formaron en el campo de Mauricio, que conocía tanto como Montecuculli el arte de los campamentos y de las marchas. Entendía tanto como Vauban de fortificar las plazas, tanto como Eugenio en sostener grandes ejércitos en países hostiles ó asolados, tanto como Carlos XII en hacer á los soldados insensibles á la fatiga, y tanto como Turena en conservar sus vidas. No contento con aprovecharse de los inventos de los demás, introdujo otros nuevos en la defensa y en el ataque de las plazas. Deseaba oponer á las picas los grandes escudos de los antiguos; pero no se atrevió á intentar semejante innovación, que hubiera exigido la autoridad de un príncipe absoluto.

Gustavo unía á sus demás cualidades la ventaja de ser amado, y mandar á gentes llenas de fervor por la causa que defendía. Introdujo (cosa nueva entonces) el traje uniforme, y previendo el invierno, proporcionó á sus soldados un jubon forrado de piel de cordero. Para ascender debían comenzar por soldados rasos, y recorrer la escala regular de los grados, lo que los hacía capaces de volverse á unir cuando habían sido derrotados. Su columna de infantería se componía de dos regimientos de dos mil diez y seis hombres, de los cuales mil y ciento estaban armados de mosquetes, y novecientos de picas: estos regimientos se subdividían en cuerpos más pequeños cuyo número variaba desde noventa y seis hasta doscientos veinte y ocho hom-

bres en los mosqueteros, y doscientos diez y seis en los lansquenetes. Ideó hacer fabricar cañones de cuero en contraposición de la artillería de los alemanes, que siendo muy pesada y no pudiendo cambiar de frente se veía precisada, una vez en batería á tirar sin necesidad, y á veces contra los suyos. No menos hábil en sus planes que rápido en la ejecución, Gustavo desconcertó los movimientos regulares y premeditados del enemigo, haciendo lo que Napoleón llamaba la guerra de piés, y sacrificaba á hombres para abreviarla. Ocupó las fortalezas situadas á lo largo de los ríos, y preservó á la Suecia de un ataque, haciéndose dueño del Báltico. Quitó al Austria sus aliados, la cercó antes de asediarla, se hizo considerar como vengador del Imperio contra el emperador, é hizo con su rapidez que los indolentes se declarasen amigos ó enemigos, pero no neutrales.

Las cosas estaban en estado de hacer temer una nueva invasión de los godos en Italia y España. En efecto, si Gustavo Adolfo hubiese avanzado á la Bohemia y á los Estados austriacos, desprovistos de tropas y llenos de descontentos, hubiera podido dictar la paz al emperador en su capital, y fundar, como se proponía, un imperio evangélico en oposición al imperio católico. Pero fué preciso dividir la guerra y sus aliados, y por otra parte, sus generales estaban lejos de igualarle en ardor y lealtad.

Fernando había renunciado á su lenguaje arrogante; pero el papa, á quien había ofendido, se negó al principio á adoptar su partido. Waldstein, desde el fondo de su fastuoso destierro, observaba los funestos estragos de la guerra. Acogía en su corte á los hombres más distinguidos: en su mesa no había menos de cien cubiertos. Sesenta pajes de las primeras familias le servían ricamente vestidos de terciopelo azul celeste galoneado de oro; trescientos caballos elegidos había en sus caballerizas y tenían pesebres de mármol. No llevaba nunca, cuando viajaba, menos de doce carruajes, cincuenta carros y otros tantos furgones con su vagilla de plata y sus equipajes. Seis barones y otros tantos caballeros le acompañaban: un barón de elevada categoría desempeñaba las funciones de primer oficial de su casa, y uno de sus cancilleres había pasado del servicio del emperador al suyo. Artistas italianos le representaban llevado en una quadriga triunfal, coronada de laureles y en la cabeza sobrepuesta una estrella. En los astros era en efecto donde procuraba leer sus futuras grandezas. En la irritación de su desgracia había meditado sobre la desorganización del cuerpo germánico, sobre el poder de su clientela, sobre la necesidad que se tendría de su espada, y sobre la posibilidad de emplearla en formar el centro de la Europa. Sus liberalidades le colocaban en estado de saber lo que hacía el gabinete de Viena. Ahora bien, se consolaba viendo acercarse la hora en que el emperador se vería precisado á humillarse ante él, y en la que su estrella volvería á reco-

brar su ascendiente sobre la del Austria. En efecto, cuando murió el temible Tilly, el orgulloso Fernando se vió obligado á escusarse con Waldstein y á reclamar su socorro. Pero él contestó que se encontraba muy bien en su retiro para abandonarle, y no consintió en salir de él sino con un poder igual al del emperador. Autorizósele, pues, para que nombrase á todos los oficiales, exigiese á su antojo contribuciones, recompensase, castigase y dispusiese de todo lo que se confiscara. Fuéronle abiertas las provincias austriacas; se le prometió no hacer paz ni tregua sin su participación, y como el emperador quisiese poner á su lado un archiduque, exclamó: «No sufriré á un compañero en el mando aun cuando éste fuese el mismo Dios» (9).

Una vez estipuladas las condiciones, revestido Waldstein con el título de «generalísimo de toda la casa de Austria, del Imperio y de la España,» envió á enarbolar su bandera de alistamiento, y viéronse acudir en tropel á aquellos aventureros acostumbrados á vencer con él, ó á los que atraía la sed del saqueo. Prometió á la caballería 9 florines al mes; 6 á los caballos lijeros, 4 á los infantes, además de las raciones de pan, vino y carne. De esta manera se reunieron cuarenta mil hombres en tres meses, sin contar cuatro mil criados, otras tantas mujeres, y treinta mil caballos para los equipajes. Sabía inspirar á aquella soldadesca una ilimitada confianza. Orgulloso porque estaba seguro del favor de las estrellas, castigaba y recompensaba con exceso; una acción le parecía hermosa cuando era atrevida; encontraba en abundancia ingeniosos expedientes. Como decía que era más fácil sostener cien mil hombres que diez mil (10), éste era un motivo para trasladar la guerra á un país

(9) Fulvio Testi escribía lo que sigue á Waldstein, con profusión de metáforas: «La noticia de que habeis, serenísimo príncipe, vuelto á tomar el mando general y perpétuo de todos los ejércitos de la muy augusta casa de Austria ha sido el consuelo de los fieles, la esperanza de los oprimidos, el terror de los temerarios. Desde aquel momento, la Alemania respiró, la Suecia tembló, y la fortuna, instruida de vuestra virtud, abandonó la injusta causa de las armas enemigas como si se hubiese avergonzado de favorecer en frente de vos pecados de fe y crímenes de rebelión. Solo vuestro nombre ha producido ejércitos al César y ha destruido los del adversario. Previéndolo todo, proveyendo á todo, mostrais, á países tan divididos y tan distantes, que sois el alma de este cuerpo, la inteligencia de este cielo. El ejército imperial languidecía sin vos, que sois su verdadero Aquiles. Nuestros males nacen de vuestro descanso, y (perdonadme, oh príncipe) nos habeis causado más daño con vuestra inacción que el enemigo con su vigilancia... La envidia ha sufrido la pena de sus maquinaciones y los que proporcionaban ocultamente materiales al incendio de la Alemania han sido los primeros en sentir que la llama abrasaba sus techos. Vuestros rivales más que los demás desean en la actualidad vuestra soberanía, y os ofrecen ya suplicantes lo que os arrebataron maliciosamente, etc.»

(10) Napoleón decía también á Junot, cuando le envió

que aun no hubiese sido asolado. Schiller ha calculado (tal vez arbitrariamente) que aquel ejército sacó en siete años de media Alemania la suma de 60.000.000 de thalers. No procuraba ni las batallas ni una solución, se contentaba con sentar obstinadamente su campo enfrente de los suecos. De esta manera fué como en el sitio de Nuremberg dejó perecer en dos meses, sin aceptar nunca el combate, diez mil ciudadanos, veinte mil suecos y treinta mil de sus soldados. ¿Qué hecho de armas ha costado nunca tanto como esta mortífera inacción?

La fortuna se cambió, pues, en favor de los imperiales, y sobre todo cuando Gustavo Adolfo sucumbió en Lutzen (6 noviembre de 1632), herido probablemente por un asesino, en un momento tan oportuno para la salvación del Austria, como para su propia gloria: en efecto, murió llorado como libertador de Alemania antes de adquirir el derecho de que se le maldijera como á su opresor. Aunque sus soldados vengaron su pérdida derrotando á los católicos, Viena, Munich y Roma se regocijaron de aquel acontecimiento como de un triunfo. Hubo fiestas en Madrid durante once días, y se burlaron en populares y burlescas representaciones del príncipe que ya no existía.

La causa de los protestantes se hubiera perdido entonces si no la hubiese sostenido Axel Oxenstiern, canciller de Suecia y el cardenal Richelieu. El ministro francés no obraba por convicción como Gustavo, Fernando y el mismo Waldstein, sino por un cálculo bajo é inmoral, con intención de disminuir el poder del Austria. Gracias á su unión con los Estados protestantes, continuaron éstos siendo vencedores. Arbitro Waldstein del ejército por convención espresa, superior á los ministros de Fernando, hasta tal punto que por una duda espresada delante de él con respecto á la ratificación del tratado de Silesia por el emperador, dijo: «Si no lo ratifica, le enviaré al diablo;» Waldstein, á quien la aprobación de los astros confirmaba en sus altaneras pretensiones, concluyó á fuerza de audacia por despertar los celos y hacerse sospechoso de inteligencias con los enemigos para llegar á ser rey de Bohemia.

**Muerte de Waldstein.**—Octavio Piccolomini, espía y asesino, que fué su confidente, atestigua que había urdido con detrimento del Austria, una maquinación con los enemigos. Las cartas que se han impreso, y el proceso que se encuentra actualmente en los archivos de Viena, no arrojan ninguna prueba de tal conspiración; pero todo atestigua en él el deseo de verificar una (1634). El emperador, que no podía ya sufrir tener en él un amo, le proscribió sin oírle, aunque príncipe soberano, y á pesar de haber entrado á su servicio según los términos de

un convenio libre, y con tropas reclutadas por él mismo. Prometió una recompensa al que le diese muerte; tres oficiales de Waldstein le degollaron, haciendo sufrir la misma suerte á los que le eran más afectos. Fernando dió la mano á Butler, principal autor del asesinato, dió llaves de gentil-hombre y collares á los demas, dispuso se dijese tres mil misas por el alma del general, é hizo publicar un bando para anunciar que había cesado de vivir, declarando que en los casos de alta traición, no había necesidad de proceso (11).

Al archiduque Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, se le colocó á la cabeza del ejército, lo que de nuevo cambió el aspecto de guerra, poniéndola en manos del Austria. Derrotados los suecos en Nordlingen, no pudieron ya hacer frente (6 setiembre); reconciliándose con ella el elector de Sajonia, aumentó las fuerzas del emperador, y dió á los protestantes el ejemplo de aceptar la paz, aun con condiciones poco honrosas.

**Periodo francés.**—Libertada entonces la Francia

(11) Cuando Luis XIII supo la muerte de Waldstein, exclamó: *¡Así acaba todo traidor á su príncipe!* Lo que hizo decir á Richelieu: *El rey podía abstenerse de espresar tan libremente sus sentimientos.* Es cierto que Richelieu tuvo gran esperanza de atraer á Waldstein á su partido, y en sus *Memorias* escribe: «Es cosa estraña y que manifiesta la debilidad é indignidad de los hombres que de tantos á quienes colmó de beneficios, ninguno tratase de vengar su muerte, sino que todos buscasen pretextos para ocultar su ingratitud ó su miedo. La muerte de Waldstein es un admirable ejemplo de la falta de reconocimiento de un servidor ó de la crueldad de su señor; porque el emperador jamás ha encontrado otros, cuyos servicios se aproximasen á los que él les prestó; pero difícilmente se encontrará un servidor tan altamente recompensado. Sin embargo, termina con una muerte violenta, mandada por su amo, por quien tantas veces había espuesto su vida. Su señor le acusa de infiel y no puede citar ningún hecho que lo acredite, al paso que Waldstein podía aducir un millón de servicios que le había prestado. Si el emperador le oprime las sospechas que en él escita, Waldstein podrá contestarle, pero imparcialmente, cuáles son más los testimonios efectivos de fidelidad ó las simples sospechas, de lo contrario, etc.»

Raumer termina su discusión sobre estos acontecimientos confesando que: «cuando fué condenado por el emperador, Waldstein no había hecho ningún tratado ni con la Suecia ni con la Francia. El emperador no tenía, pues, ningún motivo legítimo de hacer dar muerte á aquel hombre revestido por él con un poder ilimitado, ni tampoco hacerle juzgar. Pero precisamente la extensión de aquel poder, hacia que su pérdida fuese inevitable. Por lo demás, la idea de constituirse poder independiente y mediador entre dos partidos igualmente exagerados entre sus compatriotas y los extranjeros, no era tan extravagante como lo hubiera sido en otra época. La mayor parte de los enemigos del duque eran personas despreciables, pues enviaban su poder; él mismo carecía de franqueza, que es lo que constituye el carácter de una grande alma. Vacilando entre resoluciones opuestas, guiado alternativamente por la circunspección, la temeridad, la superstición, el orgullo, la ambición y la avaricia, no solo perdió la confianza de

á Portugal: *Veinte y cuatro mil hombres encuentran siempre de que alimentarse, aun cuando sea en un desierto.* Pero se engañó completamente.